

se al mar desde sus comienzos, y en sus fragiles embarcaciones se dedicaron a recorrer los mares, fundar verdaderas factorías en toda la costa mediterránea en las que recogían los productos de las tierras orientales para llevarlos a su patria, a cambio de las mercaderías del Oriente, centro entonces de la civilización.

Roma, encenagada en el vicio y los placeres, había perdido aquella su antigua grandeza y austeridad que la llevaron a establecer el imperio más formidable que conocieron los siglos. La situación del mundo romano, que era el entonces conocido, era sin embargo, desde el punto de vista material, y dados los tiempos, bastante satisfactoria.

En tanto que los países del imperio, asimilados a la lengua y costumbres de sus dominadores, dormitaban dulcemente mecidos por los encantos de una civilización poderosa; pueblos bárbaros y groseros, que aún vivían en un primitivismo absoluto, sin artes, industrias, ni caminos, de una fecundidad pasmosa que multiplicaba su población aun a pesar de la carencia de toda higiene, rebullían e oprimidos en las selvas y llanuras inmensas de la Germania y de la Escitia, llamando con recios aldabonazos desde las orillas del Rin y Danubio, la atención del colosal Imperio que no disponiendo de medios para contenerlos por el envilecimiento del pueblo, tuvo que presenciar como se desbordaban por las fértiles y risueñas tierras de Occidente, destruyendo y degollando, acabando en unos años con la obra magna de tantos siglos.

El comercio no pudo por menos que

sufrir el mismo eclipse que la civilización en general, pues uno y otra van tan íntimamente unidos, que no se las comprende separadas, y del grado de florecimiento a que llevaron fenicios y griegos, y que bien que mal conservó con los romanos, volvió a los tiempos rudimentarios en que veía su campo de acción limitado, no solo en cuanto al espacio, sino en cuanto a los productos, hasta un extremo límite.

En la península italiana es donde primero se ve el nuevo impulso mercantil. Colocadas sus ciudades marítimas en situación privilegiada para servir de intermediarias entre el Oriente y el Occidente, esas ciudades adquieren un desarrollo colosal de población y riqueza, porque no se limita a traficar trayendo de Oriente, los productos manufacturados y vendiéndolos en Occidente, sino que a su vez establecen grandes fábricas de sederías y tejidos, cuyos productos se exportaban a toda Europa, especialmente a la Europa mediterránea, pues la fabricación de lanas de los Países Bajos y florecimiento de Brujas, quitan a los Italianos el comercio del Norte. Tiene ese comercio la singularidad de que los intermediarios están reducidos a la más mínima expresión. Es el mismo comerciante el que compra las mercaderías en sus factorías o sucursales y el que las transporta por su cuenta y riesgo al punto de consumo.

(Continuará)

Lea V. el sábado próximo

Fomento Regional